

Presentación

De la poesía y la montaña*

Y nos mostró en la palma un huesecillo de pájaro
como si en él hubiera alguna lección.
“LECCIÓN”, JOSÉ MANUEL ARANGO

Quisiera aprovechar la ocasión que me brinda el tema del presente número de *Hojas Universitarias*, a saber, la poesía como práctica artística, para compartir algunas reflexiones que han surgido a lo largo de los últimos semestres en torno a mi propia práctica artística, poética y docente, de la mano de uno de los seres vivos que más admiro: la montaña. Y de paso, los maravillosos seres que la habitan.

Empiezo, entonces, con algunos temas que han resurgido tan sublimemente en mi acervo gracias a la particular compañía de la montaña, en cuyos brazos he tenido la oportunidad de sumergirme en varias ocasiones con los compañeros del Makerspace Editorial de la Escuela de Artes, con la tarea de desarrollar talleres de edición comunitaria, a fin de recoger y publicar algunos conocimientos particulares de sus habitantes. Más allá de las responsabilidades laborales, esta extraña coyuntura ha derivado, en mi caso, en un retorno a lo elemental, a aquellas imágenes poéticas poderosas y trascendentales que, en un comienzo, fueron lección, que me hicieron subvertir el orden de lo establecido y elegir el camino de las letras, aun cuando no fuera considerado el más pertinente.

* Algunas de estas reflexiones surgieron en el marco del Encuentro de Estudiantes Hispanohablantes de Escritura Creativa y Creación Literaria, celebrado en la Universidad Nacional de Colombia en 2022, en el que el Makerspace Editorial de la Escuela de Artes participó con una ponencia, posteriormente publicada en la revista colombo-argentina de poesía *Abisinia Review*.

Porque, en un mundo que exige de nosotros la exacerbación del raciocinio y la dedicación casi absoluta a la producción económica, ¿qué podría ser más subversivo que dedicar un par de horas al día, aunque sea minutos, a habitar la montaña, a tratar de aprender a escuchar a los árboles?

Cuando hemos aprendido cómo escuchar a los árboles, entonces la brevedad y la rapidez y la precipitación infantil de nuestros pensamientos alcanzan una dicha incomparable. [...] Quien ha aprendido a escuchar a los árboles ya no desea ser un árbol. No desea ser más que lo que es.

Mejor consejo no habría podido recibir de Herman Hesse, quien regresó de los confines de mi ya lejana adolescencia para recordarme que en el corazón de la montaña se halla todo, que es esa conciencia mineral, forjada con siglos de existencia y contemplación, la que guarda el secreto que recorre al árbol de pies a cabeza. Entonces ya solo importan mis palabras por el hecho de ser mías, de ser catarsis y liberación, de ser lección para todo aquel que se siente a escucharlas.

Ya no quiero ser lo que la institución quisiera que yo fuera.

Recuerdo así la primera vez que escuché decir a Margarita Valencia que la escuela nos había convencido de que el único discurso importante, el que valía la pena ser leído, era el hegemónico, el de la gente “culto”, el de los “doctores” formados en las grandes academias, cazados con gran recelo por la industria editorial. Eso cambió mi vida. Ya no volví a ser la misma editora de antes; ahora había entrado luz en aquel rincón en el que siempre había habitado esta sospecha: todo cuenta algo, todos tenemos algo importante que contar y siempre hay alguien que quiere y merece escucharlo.

En este punto debo confesar que me atraparon las disertaciones expuestas por Guillermo Molina en “La ilusión de control: poesía, burocracia y utopía”, ensayo que corona el primer acápite del presente número, “Aproximaciones al Arte y a la Creación Literaria”, toda vez que parte de una indagación similar al sistema educativo, para posteriormente analizar, desde su perspectiva poética, una forma del pensamiento mágico que no nos permite

avanzar en la comprensión del mundo burocrático y que mantiene a muchos actores del campo de las artes en una burbuja que les hace sentir mejor con el deber cumplido. Y en medio de mis reflexiones solitarias, celebro aquellos casos excepcionales en los que no hay burbuja que pueda contener “ese chorro”, como llamara César Vallejo a su inquieto impulso poético. Tal es el caso de aquellas mujeres eclipsadas por la historia de la literatura, cuya voz se abre camino a través del alentador ensayo de Luz Helena Cordero, “Ni calladas ni ausentes”, en el que nos demuestra que, afortunadamente, se siguen derrumbando los escombros de una sociedad sorda al verbo femenino y propone algunas ideas y preguntas a partir de su propia experiencia y raciocinio como mujer escritora, lectora y poeta, siempre en busca de interlocución.

Pienso, entonces, en cuánto avivó la llama de nuestros pasos cansados —hablo del equipo editorial que recorrió la montaña durante los talleres de edición comunitaria— la idea de poder escuchar las palabras de aquellas mujeres pastoras olvidadas en el páramo, con quienes estuvimos trabajando. ¿Cuántas de ellas, de haber tenido la oportunidad, habrían podido habitar aquella lista preciosa que nos muestra Luz Helena? En todo caso, decido quedarme ahora con el poema que habita la circunstancia pastoril, porque, desde mi experiencia estética, es entonces cuando brota, como gota de agua en la roca —ya sea a unos pasos de la playa, del frailejón o de la nieve—, la literatura más pura, aquella que se despoja de intenciones vacías, que se desviste de perendengues innecesarios y aboga solo por la liberación, por el extraordinario alivio de la escritura:

Escritura

la noche, como animal
dejó su vaho en mi ventana.
por entre las agujas del frío
miro los árboles.
y en el empañado cristal
con el índice, escribo
esta efímera palabra.

JOSÉ MANUEL ARANGO

José Manuel Arango lo sabía muy bien. Por eso se alejó del mundo y se internó en el monte a contemplar la montaña, mientras pasaba la mano por el lomo de su perro, creyendo acariciar a Dios, a quien pedía que le concediera aquella “dura apariencia de montañas siempre”. Su magnífica obra poética, así como los aportes a la literatura y poesía colombiana, dan cuenta de esta particular liberación del poeta antioqueño, en cuyos versos breves se condensa toda la sabiduría y belleza de aquella conciencia mineral de la montaña de la que hablo. Aquella que han alcanzado sus habitantes, a quienes acompañamos en un proceso de escritura.

En el caso de José Manuel Arango, las prolongadas conversaciones con el árbol, el corazón de la montaña, permitieron la transmutación del dolor en belleza. Solo de esta manera, un hombre iluminado y atormentado como él, como tantos otros poetas sublimes, pudo sobrellevar el insondable peso de la existencia y el caprichoso proceder de la aleatoriedad del universo, frente a la cual mucho y poco somos a la vez. Lo mismo ocurre —aunque lo divisemos en otros términos— con el pastor, cuyas palabras se subliman frente a un enorme frailejón de noventa años (“abuelo de toda la vida”), cuando nos dice: “yo he vivido toda la vida acá, trabajo de sol a sol y soporto a cada rato los embates del helaje, y aun así todo me cuenta algo, todo me parece cada día más bonito”. Y es precisamente la comprensión de esta dinámica del equilibrio, la alineación de ambos polos —a saber, el dolor de la fría crudeza de la vida en el páramo y la belleza del contexto, en el caso del pastor; y el polo analógico y el irónico, en términos de la poesía—, la que hace más llevadera la vida al compás del canto del río, a la sombra de la mata de plátano sembrada por el padre o el frailejón milenario heredado de los tatarabuelos, arropados por el olor a tierra que despiertan el granizo y la lluvia en el rastrojo.

Bien lo cantó a los cuatro vientos el imprescindible Whitman, maestro y consejero de muchos cuantos que buscamos aproximarnos al silencio como máxima expresión de la poesía, cuando predicaba:

Soy el poeta del Cuerpo y soy el poeta del Alma,
los goces del cielo están conmigo y los tormentos del infierno
están conmigo,
los primeros los injerto y los multiplico en mi ser, los últimos los
traduzco a un nuevo idioma.

Era en ese nuevo idioma que Hesse conversaba con los árboles y no en alemán, como muchos podríamos pensar. Es ese mismo con el que el pastor comparte el tinto de madrugada con el frailejón y los mojones de rocas levantados con el sudor helado de sus abuelos. Es el mismo que habita aquellas sublimes “Ofrendas del viento” de las que nos habla Miyer Pineda en su ensayo sobre la poética de Esteban Vega, mediante una exploración simbólica que edifica el sentido de la memoria luminosa en tiempos de absurdo y de terror, hasta consolidar una obra que ausculta los misterios del miedo para interrogar la condición humana. Es el mismo idioma que adoptamos cuando, en palabras de Pablo López Carballo, asumimos el ejercicio de la lectura de poesía de forma muy parecida a la de la observación de un paisaje, situación que analiza a profundidad en “Explicar poesía a una liebre muerta”, en el que reflexiona acerca del sentido poético y establece una comparativa entre el arte y la poesía para resaltar las posibilidades lectoras que alberga la práctica literaria. Así mismo, este es el nuevo idioma en el que se configura el singular estadio poético expuesto por Rocío García Rey en “Notas sobre los cuentos versificados de Gabriela Mistral”, mediante los cuales la poeta chilena nos brinda una nueva experiencia literaria, pues su lectura no da cuenta de una simple transformación de prosa en verso, sino de una inmersión en la sublime tarea de la versificación enmarcada por los más detallados elementos de su poiesis.

Todas estas piezas analíticas y literarias que hoy recogemos y compartimos con nuestros lectores son, en su sentido más nuclear, una búsqueda, una indagación acerca de aquel nuevo idioma planteado por Whitman. Y es esa misma, quizá, la búsqueda que emprendo ahora yo como escritora y editora, aprovechando la grieta que se ha abierto en el mundo después

de la pandemia y que me obliga a continuar siendo, pero de otro modo y desde otro lugar; en este caso, desde la montaña.

Una vez comprendidas las primeras palabras (las del árbol, el frailejón, el agua o la roca), me siento abocada a promover el camino de las letras —de esta forma particular de escritura, tanto con mis estudiantes de creación literaria y con los lectores de la revista, como con las comunidades y todas aquellas personas que encuentro a mi paso— como proceso liberador, como exploración y reconocimiento doloroso, pero también como rescate de la experiencia y el conocimiento adquiridos, como sanación y alivio; esto es: como lección.

En razón a esto, el segundo gran acápite de la revista, “Creación Artística y Literaria”, pretende rescatar las prácticas poéticas de muchos artistas que han elegido la sublimidad de este nuevo idioma, como en el caso de Juan Pablo Rodríguez, que introduce esta sección con una bellísima historia, cuajada de delicadas imágenes poéticas, denominada “Un último biombo”. Seguidamente, nos topamos con la impresionante obra de Juliana Muñoz Toro, docente de la Universidad Central, cuya obra poética se plasma a través de hilos hechos palabra en “La caracola”. Destacamos, a continuación, el juicioso trabajo realizado por los poetas Stefhany Rojas Wagner y Fredy Yezzed con *Abisinia Review*, una revista colombo-argentina especializada en literatura, crítica y escritura creativa. Pasamos a disfrutar el ingenioso *performance* de Gabriela León Coy, quien mediante el videopoema “Cuerpos” busca reflejar el movimiento y la influencia que tienen nuestras palabras y las de otros en nuestros cuerpos. Posteriormente, encontramos a Juan David Molina, quien a través de su obra poética y plástica “Palacio mental”, decide habitarse y hacer de sí mismo un palacio en el que viven bajo un mismo techo anhelos y frustraciones, deseos y miedos, imposibilidades y memorias. Continuamos con Mariana Azcoaga, artista visual, poeta y encuadernadora argentina que nos comparte “La palabra como tejido”, una serie de obras-libros que exploran la escritura, la palabra y la página como espacio de creación e intercambio de comunicación humana. Y cerramos esta sección con el delicioso pódcast de Johny Martí-

nez Cano, “De sobremesa”, que lleva ya varios años sublimando nuestros oídos con conversaciones poéticas que surgen en este espacio, denominado por él como “un jardín que crece y se expande a partir del diálogo entre sensibilidades lectoras”.

Así mismo, encuentro imperdibles los “Recomendados” de esta ocasión, a cargo de Juan David Molina, con “La deriva” y sus reseñas de *Stalker* de Andréi Tarkovski y *Las tres coronas del marinero* de Raoul Ruiz; y Juan Pablo Rodríguez, con “Cacería de curiosidades”, una reseña sobre el poeta Kyūsaku Yumeno.

Aunado a estas manifestaciones del número 84 de *Hojas Universitarias*, espero lograr que los lectores comprendan que la palabra, la poesía, la literatura o aquel entendimiento de la sabiduría del árbol y de la roca son también patrimonio poético y universal de la humanidad, y que, para alcanzar la liberación soñada por Whitman, no es necesario elevar preces al firmamento para ser ungidos con el rótulo de escritores por las grandes editoriales. Esto también es parte del crecimiento académico, personal y humano. Todos deberíamos poder elegir compartir ese acervo de letras con el mundo, buscar ser leídos y comprendidos por las personas que nos importan y que ellas puedan permitirse el reconocimiento de aquella humilde lección, a través de nuestro sagrado talismán, llámese libro, revista, folleto o fanzine.

De este poderoso talismán que protagoniza las últimas líneas del documento, espero que puedan brotar muchas reflexiones, toda vez que en este habita el resultado de las múltiples fuerzas, caóticas y armónicas, que surgen a lo largo del proceso de lectura y escritura. Quizá, entre las ideas que más quisiera motivar con estas palabras, la más importante es la de la soberanía editorial, como derecho y deber que subyace en nosotros como seres humanos en este momento que atraviesa el mundo. Ni qué decir de nosotros como maestros en una escuela de artes, particularmente, de creación literaria.

Finalizo, entonces, con la certeza de que es imprescindible indagar la forma en que estamos intentando rescatar esas prácticas poéticas que, provengan de donde provengan, merecen ser leídas y apreciadas; el lugar que les estamos dando al conociemien-

to y a la fuente de donde brota, así como la posibilidad de que todos podamos liberarnos a través de nuestras propias historias.

En mi experiencia, en eso radica el misterio y la verdadera comunión de la palabra.○

ALEJANDRA FLÓREZ

Directora